

CRONICAS DE LA ERA CARNAL

Decía don Eugenio d'Ors en su famoso libro, con ese estilo tan suyo, que: «No es mala condición, antes deseable estímulo, que el tiempo disponible para la visita del Museo no exceda de las tres horas susomontadas. Ya sabemos que, en cualquier negocio espiritual, nuestra principal riqueza cifrase en nuestros límites». Recordando la unción con que don Eugenio hablaba de los cuadros del Museo con el imaginario acompañante a quien servía de cicerone, no podía por menos de pensar la otra mañana cuando entré en el Prado que mi visita tenía un carácter heterodoxo, que probablemente no habría sido del agrado del autor de las «Tres Horas». Yo no iba, en efecto, al Museo a contemplar la clásica perfección del caballo de «La Caza de Meleagro», de Pousín, ni la suprema serenidad de «El Tránsito de la Virgen», del Mantegna, ni las Madonas de Rafael («Atención. Estamos en una cumbre humana»), ni el realismo de Velázquez («un cristal sobre el mundo»), ni mucho menos todavía (por el hecho de que Goethe hubiera dicho que prefería la injusticia al desorden) a dar al goyesco fusilado del 3 de mayo, escribe D'Ors, «un racimo de uva y una flauta de siete cañas, como habría hecho un griego, y así, serenamente, admitirle

en el Olimpo, en categoría de semidiós». No iba al Museo aquella mañana a ninguna de esas cosas, y mi paseo, aun siendo de tres horas, era, como digo, del todo heterodoxo, casi iba a decir sacrilego.

Cuentan que Hemingway, en uno de sus últimos viajes a Madrid poco antes de su muerte, citó a una señora madrileña en el Museo del Prado, en el lugar donde se encuentra el retrato de Lucrecia Baccio del Fedé, de Andrea del Sarto. Contando la anécdota, alguien comentaba: «Don Ernesto era muy fino», lo cual, dicho de esta manera, no significaba que don Ernesto fuera especialmente cortés o educado, sino que tenía esa gracia especial que se supone que hay que tener para tratar a las mujeres. «Es muy fino "ligando"», se dice popularmente con admiración de un hombre que sabe abordarlas y llevarlas a su terreno. Entrando el otro día en el Prado, pensaba estas cosas y me preguntaba hasta qué punto se mantiene, en la década de los setenta, la «institución» del «ligue» llamado de museo, que tanta importancia llegó a tener en la primera época del turismo, hace ahora unos quince años. Eran los tiempos del deslumbramiento de la masculinidad nacional ante la mujer llegada del Norte, cuando se daba

por descontado que con las españolas no podía mantenerse otra cosa que unas relaciones rigurosamente ajustadas a los modelos oficiales y cuando los graduados universitarios aspiraban a casarse con extranjeras con el fin de escapar a las lacras tradicionales del matrimonio a la española.

Puede decirse que de esta misma época data, si no la invención, si por lo menos la difusión de la figura del «ligue», que respondía a la necesidad, sentida ya desde principios de la década (teocrática, moralizante y onanista) de los años cuarenta, de frivolar un poco las relaciones sexuales. En seguida veremos cuál es el origen semántico de esta madrileñísima innovación, pero antes quiero cumplir con mi propósito de iniciar un paseo aleccionador, aunque seguramente no tan trascendental como el muy ilustre de don Eugenio d'Ors, por los salones y dependencias de nuestra pinacoteca. La primera escala de la visita sociológica del Museo del Prado es, sin duda, el «buffet». Debe tenerse en cuenta que en estos días de verano el Prado está enormemente concurrido. Las salas de Goya, en la planta baja, o el gran salón de pintura española, en el primer piso, tienen aspecto de una calle llena de gen-

te. Delante de «Las Lanzas» o de «La Familia de Carlos IV» se agolpa el gentío, y en el cuartito de «Las Meninas» no se cabe. Abundan los grupos que llegan en visita turística en autobuses organizados o que se forman dentro del Museo para escuchar las explicaciones de los guías. El «buffet», en consecuencia, está siempre lleno, no sólo la sala que le está reservada en el vestíbulo de la salida que da al Jardín Botánico, sino también en el patio adyacente, con su recoleta fuente, alrededor de la cual se sientan los turistas. Abundan entre ellos, claro está, las mujeres, y, sobre todo, las mujeres jóvenes, despreocupadas, mostrando, bajo la minifalda, las piernas que en sus países dejaron de ser noticia hace ya mucho tiempo. Y entonces aparece el «ligón». Basta permanecer sentado un cuarto de hora en el «buffet» para verle entrar. Puede ser un hombre de mediana edad, de sienes plateadas, que anda despacio, separando ligeramente los brazos del cuerpo y con esa expresión «macha» de estar pensando, mientras mira las piernas a una chica, «Mecagüen tu padre, ¡qué buena estás!». Pueden ser dos jovencitos, que miran adentro desde el otro lado de los cristales de la puerta de entrada, mientras se rien y cuchichean. Es a lo mejor el joven bien trajeado, en azules entonados, que llega con dos inglesas, a las que ya consiguió «ligar» en la sala de Velázquez, y rumbosamente las convida. Se les oye reír con el chiste que probablemente habrá contado muchas veces, en su inglés elemental, a otras muchachas. El «ligue» de calle, el «ligue» de tren, el «ligue» de piscina, el «ligue» de taxi libre, son «ligues» fortuitos. No tienen delito. Se los encuentra uno. El «ligue» de pinacoteca es «ligue» buscado, calculado. Uno va al Prado a «ligar», se detiene delante de unos cuadros que no le interesan.

Deseoso de comprobar lo visto, entablé conversación con uno de los guardianes del Museo. «Siempre son los mismos —me dijo—. Vienen aquí, se ponen al lado de una chica que está mirando un cuadro, empiezan a hablar con ella, con gestos, con medias palabras, como pueden. ¿Has visto la "Dama de Elche"? —preguntan—. Luego, como la "Dama de Elche" está al lado del "buffet" y la chica tiene sed... pues la tienen que convidar. Hacen el cancelo, eso es lo que hacen. Y total para nada, para poder decir lo mucho que se "liga" en el Museo». Hablaba el hombre con cierto tonillo de amarga reprobación.

TRES HORAS (OTRAS) EN Por LUIS CARANDELL EL MUSEO DEL PRADO



En algún otro lugar he explicado que la palabra «ligue» no tiene su origen en Madrid, sino en alguna ciudad castellana, o en cualquiera de ellas donde se practique habitualmente la caza de pájaros con la sustancia viscosa denominada «liga». Son varias las formas empleadas, pero la más común es la de la denominada «cardera», que consiste en preparar un cardo atravesándolo con unas veinte o veinticinco «varetas» o junquillos muy finos untados de «liga». Se posan habitualmente en los cardos pájaros tales como la pajarilla o jilguero, el pardillo y el verderón. Una vez preparado el cardo, se coloca cerca del mismo el reclamo, es decir, un pájaro de la misma especie dentro de una jaula, que, al cantar, atrae a sus hermanos de raza. No es fácil, claro está, que el pájaro se pose precisamente en el cardo preparado al efecto, y entonces el cazador que está al acecho tiene que lograrlo, a base de movimientos ejecutados con sumo sigilo y cuidado, a fin de no espantar la presa. Esta es una imagen que de modo muy adecuado puede ilustrar metafóricamente las operaciones que el «ligón» ha de llevar a cabo en el acto del «ligue». Una palabra de más, un gesto inadecuado, puede, así lo aseguran los teóricos del «ligue», es-

tropear la caza. Todo consiste en llevar habitualmente a la mujer al terreno propio, al terreno en que ella queda presa, «enligada» o «ligada» a los atractivos del particular «ligón». El momento decisivo del «ligue» es la fase final, es decir, cuando hay que entrar con decisión. Saber cuándo ha llegado ese momento es precisamente en lo que consiste «ser muy fino». En el momento en que la mujer objeto del «ligue» se encuentra propensa a ser conquistada o «ligada» y no va a rechazar a su conquistador, se suele decir que la mujer está «quedada». Esta palabra procede no de la caza, sino del juego del billar. La mujer está «quedada» igual que lo están las bolas de marfil. Si una mujer tiene una propensión permanente a estar «quedada», es decir, que desde el primer momento, y sin discriminación, se allana al «ligue», se suele decir que esa mujer es «quedona». Cuando son varios los «ligones» que van a «ligar» a un grupo de chicas, siempre suele haber una que muestra predilección por uno de los hombres. En ese caso se dice que «se queda con él». «Esa se ha «quedao» contigo», es la expresión que, dicha de otra forma y en otro contexto, puede significar también burlarse de uno. Cuando el «ligón», por algún motivo, tiene

que engañar a la mujer sobre alguna cosa, y ella se lo cree, se suele decir que esa mujer «se ha «quedao» con la copla». Un hombre que consigue «ligar» mucho es «una firma» y si, en cambio, no «liga» ni a tiros se dice que «no vende una escoba» o que «no se come dos roscas». Por lo general, el «ligue» eficaz no es precisamente muy versallesco. El hombre permanece serio, sin mucha palabrería, y en casos extremos se deja invitar por la chica al chato de vino o la caña de cerveza, con el fin de no mostrar la debilidad que siente por ella. Se juega un poco con el masoquismo de la mujer y existe la impresión de que a la mujer «le gusta la marcha».

Volviendo al Prado, iremos ahora a la sala de Velázquez, la más apreciada, sin duda, por el «ligón» eficaz. «Las Meninas», «Las Lanzas», «Los Borrachos», «Las Hilanderas», cualquiera sirve. La muchacha, pongamos por caso, ha sido descubierta en el saloncito de «Las Meninas». Al salir, se mete en la sala grande y se detiene en «Las Lanzas». El «ligón», tras ella. Hablo ahora del «ligón» ducho en el arte. La aborda mientras ella contempla la gloria nacional de la «Rendición de Breda» y la va siguiendo: «El Bufón», el «Príncipe Baltasar Carlos», «El Conde-Duque de

Olivares». Para cuando llegue a «Los Borrachos», la muchacha habrá empezado a contestar. Delante del paisaje de Zaragoza, sonríe. En la sala inmediata, la del Greco, empieza a estar contenta. La próxima escala es la «Dama de Elche», en el otro extremo. Después, el «buffet»...

Entre tantos éxitos, claro está, algún fracaso tenía que haber. El otro día, al salir, me encontré, en uno de los bancos del paseo que está frente a la puerta que da al paseo del Prado, un grupo de muchachos que habían estado dentro, los había visto a algunos de ellos, y, como suele decirse, «no se habían comido dos roscas». Trataban desesperadamente de recuperar el tiempo perdido. Cuando pasaban las turistas, recién salidas del Museo, se lavantaban y las seguían gritando: «¡Oyes, güesos!» (a una delgaducha) o «¡Ven para acá, hortelana!»; a otra; o «¡Cielito!», a una tercera. De pronto, pasaron tres chicas en silencio y ellos se pusieron detrás, hablándolas con esa libertad que da pensar que no le entienden a uno. Las siguieron un buen rato sin que ellas contestaran. Al poco, uno de los «ligones» se volvió y le dijo al otro con ancestral desencanto:

—Déjalas, macho. Son españolas.